

| GUATEMALA EN EL LIMBO DEL “POS-“

GUATEMALA IN THE LIMBO OF “POST-”

PETER FLEER
Schweizerisches Bundesarchiv
fleerpe@bluewin.ch

Esta reseña conjunta de varias obras es una continuación de otra que se publicó en *Iberoamericana* bajo el título de “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces”.¹ Los libros reseñados se referían a la época de la posguerra. El tono era crítico, pero contenía cierto optimismo, pues hacía hincapié en el fortalecimiento de una identidad maya multifacética y en las formas de escuchar la voz de “los de abajo”. Ahora, aproximadamente cuatro años después, en los cinco libros reseñados aquí priman puntos de vista más desilusionados. La lucha para superar el colonialismo en Guatemala no parece haber progresado. Parece que las voces de emancipación, en vez de consolidarse, se están fragmentando. Y el Estado contrainsurgente no fue relevado por un Estado de derecho democrático, sino que se transformó en un narco-estado en gran parte controlado por redes criminales. Pese a esta interpretación amarga de que el camino del progreso es mucho más largo y complicado de lo que se había pensado, las autoras y los autores creen que la visión de muchas guatemaltecas y muchos guatemaltecos de una sociedad más justa, más equitativa y menos violenta sigue provocando cambios profundos para, tal vez, salir una vez de este período de tránsito indefinido, alternativamente calificada de posguerra, posgenocidio, posconflicto o pospaz.

Carlota McAllister y Diane M. Nelson, las editoras del primer libro a reseñar en este lugar hacen referencia al título de la autoritativa antología *Harvest of Violence* de Robert M. Carmack, sosteniendo que en el futuro es posible otra cosecha para Guatemala.² Así, su antología *War by Other Means. Aftermath in Post-Genocide Guatemala* aspira a ayudar a entender las configuraciones de espacio y tiempo en el período de posguerra para preparar alternativas futuras. El título del libro sugiere que Guatemala se encuentra en una fase del “ya no y todavía no”, una fase de tránsito, tal vez, pero un tránsito que quedó incompleto y en dirección incierta. Este período de secuelas y del “pos” en el que entró Guatemala después de la conclusión de los acuerdos de paz en el

¹ Peter Fleer (2012): “Guatemala, del silencio armado a la lucha de las voces”, en: “Notas. Reseñas iberoamericanas”, *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, vol. 8, n° 47, pp. 205-222.

² Robert M. Carmack (ed.) (1988): *Harvest of Violence: The Maya Indians and the Guatemalan Crisis*. Oklahoma: University of Oklahoma Press.

año 1996 y que dura hasta hoy día, podría caracterizarse como un tiempo de ilusiones rotas, parafraseando el título de otro libro emblemático, el estudio realizado por Piero Gleijeses sobre el fin violento de la “primavera democrática” de 1944 a 1954.³

Las trece contribuciones de este volumen parten todas de la suposición de que no hay verdades unívocas y dicotomías simples y que para entender el período de posguerra es necesario aventurarse en lo incierto, en lo poco claro, en lo ambiguo sin, al mismo tiempo, renunciar a la exigencia de atribuir responsabilidades e identificar causas y efectos. Al rechazar el pesimismo de una perspectiva funcionalista y el concepto del victimismo adoptan un concepto de poder polivalente que les permite contar historias tanto de contingencia como de conspiración. Teniendo en cuenta todos los esfuerzos (y recursos financieros) dedicados al proceso de paz, a fortalecer los grupos más afectados por la guerra (mayas, mujeres y pobres), ¿cómo es posible que los resultados sean tan escasos? ¿Por qué persiste la guerra en el período de la posguerra? ¿Dónde está el futuro en el que se cumple la promesa de que hay un “después” de la violencia y cómo se llega ahí? Estas son las preguntas en las que se centran los ensayos reunidos en el tomo.

Los autores, algunos de nacionalidad guatemalteca, han vivido, trabajado y estudiado durante años o décadas en Guatemala. Bajo el término de “tiempos de posgenocidio” analizan el período más reciente que siguió a los años de transición y cambio institucional. Hacen explícitamente referencia a la noción del poscolonialismo, según la cual la independencia nominal puede estar acompañada por una subordinación persistente. Pese al énfasis en estas líneas de constancia, son conscientes de que ahora hay una nueva generación que vive los tiempos del posgenocidio y que busca sus propias estrategias para afrontar una realidad difícil. Es una generación que llegó a la mayoría de edad después de la guerra, que vivió el exilio y los campos de refugiados, la revitalización maya y la reconfiguración de la identidad ladina/mestiza, las tasas crecientes de alfabetización e Internet, los discursos que empezaron a poner en duda el machismo y el racismo. También es la generación que llora por la muerte de parientes víctimas de la violencia, que se ve confrontada con el narcotráfico y las pandillas criminales, así como la opción cada vez más forzosa de emigrar a los EE.UU.

El tomo se divide en cuatro partes. Después de resumir una historia de 500 años de diferentes modos de represión (Greg Grandin), la primera parte se centra en las complejas complementariedades que articularon los mayas con los movimientos revolucionarios. Expone la génesis del movimiento maya en el contexto de la resistencia revolucionaria contra un Estado extremadamente represivo que bloqueaba aun las más mínimas reformas sociales (Santiago Bastos y Manuela Camus). El análisis en el plano político-social a través del ejemplo de la organización COPMAGUA (Coordinación de Organizaciones del Pueblo Maya de Guatemala), se ve completado por un estudio en el plano discursivo sobre los testimonios de víctimas en el contexto de los proyectos de memoria histórica (Carlotla McAllister). Este texto analiza las tecnologías terapéuti-

³ Gleijeses Piero (1991): *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*. Princeton: Princeton University Press.

cas del "decir la verdad" y afirma que al enfocar el trauma borra de las narraciones los pasados personales de sublevación para un futuro mejor. Reclama nuevos modos no humanitarios de escuchar con el fin de superar esta sordera de lo que se considera ser una forma de imperialismo comunicativo y psíquico.

La segunda parte analiza la superposición de tradiciones locales y nacionales de explotación por la dinámica de una economía capitalista cada vez más globalizada. Este proceso, que tuvo lugar en Guatemala bajo las premisas del neoliberalismo, se ilustra a través de tres estudios sobre la lucha desigual entre colonos campesinos y las redes de élites sobre el modo de desarrollo en la Franja Transversal del Norte (Luis Solano), las luchas laborales en la costa sur (Elisbeth Ogelsby) y la lucha por la tierra de una comunidad maya mam en el altiplano quetzalteco (Irmalicia Velásquez Nimatuj). Los artículos demuestran cómo bajo las modalidades de un sistema que, utilizando un término de Michel Foucault, se denominan "economías biopolíticas de la guerra con otras medidas", se intensificaba la presión sobre las capas subordinadas de la sociedad por parte de las élites nacionales y del Estado, ambos ligados a redes de poder transnacionales. Explican el cambio de las modalidades tradicionales de extracción de plusvalía en beneficio de las élites que reconfiguraban las relaciones de trabajo y avanzaron hacia nuevos ámbitos económicos como la industria extractiva, ampliando así los espacios de conflicto. Al mismo tiempo, los estudios no omiten anotar que aumentaba también el potencial de los grupos subordinados para oponerse. Es interesante la reflexión de Elisabeth Ogelsby de contemplar estos procesos vistos por los ojos de teóricos tan distintos como Michel Foucault y Antonio Gramsci. En el conjunto de estas perspectivas las prácticas recientes de control biopolítico vuelven a ser legibles como una manifestación de poder en el empeño incipiente de las élites de ganar la hegemonía sobre la sociedad guatemalteca. Pese a esta tendencia, queda claro que la modalidad más extendida de dominación en Guatemala sigue siendo la violencia.

Las maras de Ciudad de Guatemala (Deborah T. Levenson), las Patrullas de Defensa Civil (PAC) (Paul Kobrak), los linchamientos (Jennifer Burrell) y las élites locales (Matilde González-Izás) son los fenómenos analizados en la tercera parte. Los autores argumentan que la debilitación de las estructuras estatales debido a los programas de reestructuración de corte neoliberal ahuecaron la sociedad todavía traumatizada y en búsqueda de formas de convivencia más allá de la violencia. Llenaban el vacío una amplia gama de organizaciones no gubernamentales, que sin embargo no sabían sustituir la falta de instituciones y de estructuras de solidaridad mutua. Más bien contribuían en la perversión de estas mismas. Los artículos contienen contundentes explicaciones, porque la bonanza de ayuda transformaba el deseo de progreso en un deseo de acaparar proyectos, porque los grupos de jóvenes en búsqueda de vivir en solidaridad se convertían en pandillas mortales, los vecinos de pueblos rurales se transformaron en turbas de linchamiento y los patrulleros de los PAC involucrados en crímenes de guerra lograban establecerse como agentes locales de desarrollo.

La parte final tematiza las aspiraciones de gente de capas sociales subordinadas (mayas y ladinos) a modernidad y progreso en los tiempos de posguerra. Las per-

sonas actúan en condiciones acuñadas por una ideología que combina las nociones neoliberales de libertad y progreso individual con conceptos militares de disciplina y reeducación forzosa implementados como parte de la estrategia contrainsurgente en la década de los ochenta. Pero, según las autoras y el autor de esta parte, las estrategias de autocontrol y de búsqueda del éxito individual corresponden solo en la superficie fácilmente con el consenso forzoso y, al mismo tiempo, voluntario de un individualismo extremo propagado por el ejército guatemalteco y el sector financiero global. Cuando una maestra maya monta un negocio exitoso en el cuadro del esquema de la pirámide Omnilife pone en marcha dinámicas que señalan más allá del engaño ideológico hacia oportunidades de emancipación y empoderamiento personal (Diane M. Nelson).⁴ Lo mismo vale para la figura del *shumo*, del ladino plebeyo despreciado por la “gente decente” de la élite blanca (Jorge Ramón González Ponciano). El *shumo* es una manifestación de la identidad ladina frágil contestada por los polos opuestos entre indígenas y ladinos (mestizos/blancos) y entre gente corriente (indígenas/mestizos) y gente decente (élites blancas). Otra experiencia con la aspiración a modernidad la hacían los refugiados que regresaban del exilio mexicano a sus comunidades de origen (Paula Worby). Una vez retornados, se disolvía la solidaridad entre los retornados, que tenían que hacer frente no solo a la hostilidad de los vecinos que se habían quedado, sino también a la remilitarización de las comunidades acompañada de una gama de negocios ilícitos del narcotráfico hasta el tráfico de migrantes.

Al presentar una serie de piezas de un rompecabezas, los autores explican las realidades sociales en Guatemala en un contexto global desde diferentes puntos de vista. La antología es una aportación importante para la mejor comprensión de la condición guatemalteca. Nos recuerda que no hay verdades simples y que, aunque necesitamos planteamientos teóricos sólidos para acercarnos a la realidad, no debemos dejarnos seducir por los esquemas ofrecidos por las teorías. Tenemos que encontrar narraciones complejas capaces de comprender los fenómenos en sus contradicciones y opuestos. Después de la lectura del libro queda claro que si hay oportunidades de cosechas diferentes en Guatemala no las encontramos en abstracciones, sino en las vidas y mentes de la gente que cada día trata de sembrar otras semillas.

En su libro, McAllister y Nelson preguntan retóricamente “¿dónde estuvo usted en 1982?”. En el caso de los vecinos del parcelamiento petenero “Las Dos Erres”, que se encontraban en sus hogares el día 7 de diciembre de ese año, ninguno podría responder. Ese día un pelotón kaibil del ejército guatemalteco masacró a la población presente en el lugar. Según el informe forense de 1995 fueron 162 personas, hombres, mujeres, niños. La masacre de “Las Dos Erres” constituye el punto de partida del estudio de Manolo E. Vela Castañeda sobre los factores que desembocan en masacres similares. El estudio bajo el título de *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco* fue premiado en 2010 por la Academia

⁴ El caso de Omnilife es analizado de manera más extensiva en Diane M. Nelson (2015), también reseñado aquí.

Mexicana de Ciencias como mejor tesis de doctorado en el área de ciencias sociales y humanidades.

“Las Dos Erres” no es un caso representativo de los demás actos de genocidio en Guatemala en ese período a causa de una serie de razones, pero, como argumenta el autor, sí es un caso paradigmático que permite sacar conclusiones generales desde el estudio minucioso del acontecimiento concreto. Es esta integración de micro y macro-perspectiva lo que está buscando el autor. Lo hace mediante una metodología que alterna entre una y otra. Por un lado se plantean interrogantes para todos los genocidios. ¿Cuáles fueron los procesos y condiciones que llevaron a una sociedad a este punto de violencia? ¿Cómo fue posible incitar a hombres a torturar y masacrar indiscriminadamente a cientos de seres humanos? ¿Quiénes fueron los perpetradores y quiénes las víctimas? Por otro lado se analiza la cuestión más irritante en el caso de Guatemala, que es el hecho de que desde una perspectiva étnica tanto los perpetradores como las víctimas eran mayormente indígenas. ¿Cómo fue posible que jóvenes indígenas bajo el mando de oficiales ladinos llegaran a matar a familias enteras y pueblos indígenas?

El autor expone cuidadosamente el contexto histórico de Guatemala y el esquema analítico que conduce la indagación. Dedicó una introducción de 50 páginas y los dos primeros capítulos de otras 50 páginas a este propósito, o sea, más de la cuarta parte del texto entero. Empieza exponiendo las grandes líneas del debate sobre el genocidio desde el Holocausto, que marcó claramente un momento de cambio. Al pasar por los contextos discursivos en torno a los procesos de Núremberg, los experimentos de Milgram y el debate Browning vs. Goldhagen acerca de la responsabilidad de la gente común, el autor distingue cinco líneas de debate sobre el genocidio. Analiza la psicología de los perpetradores, los procesos burocráticos, el intercambio entre intenciones y estructuras, las condiciones para que se creen perpetradores y el contexto histórico de definición de víctimas.

Este esquema teórico es después comparado empíricamente con nueve episodios históricos en los que se produjeron genocidios, desde la política de exterminio otomana contra los armenios en 1915 hasta la matanza de tutsis por hutus en Ruanda en 1994. De esta forma el autor aspira a dar fuerza a la argumentación más allá de las explicaciones tradicionales que buscan causas particulares o principios generales para los genocidios. Al reconstruir las dinámicas históricas espera descubrir los mecanismos que los causaron en cada caso. Sin embargo, destacan cinco elementos cuya interacción es de suma importancia para entender –y a lo mejor prever– un genocidio. Primero, es preciso entender cómo el Estado, el régimen y la coalición dominante afrontan una crisis emergente. Segundo, hay que analizar cómo esta crisis se está constituyendo y, tercero, cómo se concretizan oportunidades que abren la puerta al genocidio. En cuarto lugar, es necesario examinar el “síndrome del chivo expiatorio”, o sea, las dinámicas que desembocan en señalar a aquellos que merecerían morir. En quinto lugar, hay que estudiar cómo se organizan los perpetradores de un genocidio.

Los capítulos 3 a 6 proporcionan un análisis minucioso del ejército guatemalteco y de los perpetradores. Intentan explicar el funcionamiento del reclutamiento forzoso

de jóvenes indígenas y de su adoctrinamiento, basado en una combinación violenta de degradación personal y formación de espíritu de cuerpo. Muestran cómo bajo condiciones deshumanizantes y frente a la brutalidad de la guerra el ejército utilizaba todas las medidas comunicativas para cambiar la percepción de la realidad de los soldados, legitimando el uso del terror contra “el enemigo”, que creía reconocer cada vez más no solo en los insurgentes, sino también en las comunidades rurales, particularmente las indígenas. Los puntos más fuertes de esta parte del libro son el resumen del desarrollo de la guerra y el análisis detallado de la perspectiva del ejército y de los soldados y perpetradores del genocidio. El autor logra demostrar cómo a principios de los años ochenta la guerra llegó a un punto que hizo considerar el alto mando militar la derrota como una opción realista. Concluye que el genocidio no fue el resultado de una estrategia bien diseñada, sino de las interrelaciones entre las particularidades de la organización militar, la ideología y la guerra de guerrillas. Basarse en una visión analítica desde dentro de la institución militar permite aportar conocimientos indispensables para entender el genocidio en Guatemala, destacando el papel central de las patrullas especiales llamadas kaibiles y el proceso de “kaibilización” del ejército, factor determinante por el cual este se transformó en una organización capaz de cometer cualquier atrocidad.

Los capítulos 7 y 8 cambian de perspectiva. En estos capítulos se da voz a las víctimas, se exponen sus vidas antes de la masacre, la misma masacre, y las maniobras de cobertura por parte de las autoridades regionales durante el período posterior. Los autores analizan las relaciones entre la historia regional y local de El Petén y del parcelamiento Las Dos Erres, el desarrollo de la guerra en esa región y las transformaciones globales en las décadas del setenta y ochenta. Exponen las tendencias que caracterizaban El Petén como región de colonización, el papel de la teología católica y la formación de cooperativas, así como la génesis de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y la reacción del Estado a la amenaza de la guerrilla.

Uniéndolos los elementos de argumentación, el último capítulo retoma la pregunta de quiénes fueron los perpetradores del genocidio guatemalteco. La matanza de Las Dos Erres es paradigmática porque fue el único caso en el que se conocen a los perpetradores directos, por lo que se da la oportunidad al autor de conocer su punto de vista con ocasión del proceso judicial y de entrevistar personalmente a algunos de los acusados. Es aplastante su explicación de que no fue la mera fuerza la que llevó a los soldados a matar a civiles, mujeres y niños, sino que los patrulleros kaibiles llegaron a matar de forma voluntaria a través del establecimiento de una relación diferenciada entre los oficiales y los soldados. Un elemento decisivo fue la división de trabajo en el interior de las patrullas: juntar a las víctimas, custodiar el lugar y matar. Con esto surgió algo así como una jerarquía de competencias que premiaba a los asesinos con menos escrúpulos.

Por lo tanto, el estudio de Vela Castañeda proporciona una serie de nuevos conocimientos basados en un análisis profundo e innovador. Presenta un esquema analítico contundente para juntar las micro y macroperspectivas y da ideas para ulteriores estu-

dios comparativos. Las únicas gotas de amargura para la lectura son las redundancias y la largura innecesaria que tal vez un lectorado atento hubiera sabido evitar. Pese a ello el libro es de lectura obligada para toda persona que quiera participar en el debate sobre las causas y los mecanismos del genocidio en Guatemala y otros lugares.

¿Los conocimientos de quién cuentan? Esta pregunta del teórico posdesarrollista Arturo Escobar podría plantearse al principio de un resumen del libro *Global Coloniality of Power in Guatemala. Racism, Genocide, Citizenship* de la socióloga guatemalteca Eglá Martínez Salazar, porque su libro es fundamentalmente un intento de respuesta a esta pregunta. Martínez Salazar considera la respuesta de central importancia para que se pueda realizar el deseo de un futuro mejor y toma una posición clara: tiene que contar lo que saben los oprimidos, en el caso guatemalteco en particular, el saber y la cosmovisión de los mayas. Pero estas epistemologías siguen siendo oprimidas, despreciadas como "el Otro" dentro de los discursos eurocentristas hegemónicos. Para cambiar esta situación, Martínez Salazar intenta descomponer la epistemología dominante de la ilustración y modernidad occidental y desenmascararla como un producto de una historia de colonialismo, exclusión, opresión y explotación.

El objeto del análisis de esta estrategia descolonizadora lo constituyen las experiencias de los grupos más afectados por el régimen de terror contrainsurgente del Estado militarizado guatemalteco en las décadas de los setenta y ochenta, y por el sistema violento de exclusión instalado después bajo las premisas del neoliberalismo: mayas, activistas mestizos/ladinos, mujeres. Martínez Salazar se pregunta cuáles fueron los mecanismos epistemológicos que hicieron posible el genocidio, la tortura, la desaparición y el asesinato.⁵ Ante este trasfondo evalúa la situación actual desde la perspectiva de los oprimidos, una situación todavía caracterizada por la discriminación y la violencia basadas en conceptos de racismo y género.

La autora se basa en la información procedente de estudios de campo y entrevistas con sobrevivientes del terror de fuentes de entidades estatales como el conocido "Plan Sofía", un documento militar que recoge campañas de genocidio en regiones mayas del K'iché, y el denominado "dossier de la muerte" de los servicios policiales que documenta casi 200 casos de tortura, desapariciones y asesinatos solo durante los años 1983-1985.

Martínez Salazar hace uso de unos instrumentos teóricos para hacer sus críticas que, en un sentido más amplio, podría formar parte del posestructuralismo. Estos instrumentos son los estudios decoloniales, el feminismo, la crítica antirracista y anticolonial, los análisis del sistema colonial/moderno de género y, como concepto integrador, el planteamiento de la colonialidad del poder. Según él, el presente sistema global se basa en las nociones de colonialidad y modernidad, constituyendo estos últimos una estructura de poder global que a la vez necesita y produce desigualdades multifacéticas crecientes entre y dentro de las naciones. Se origina en el sistema capitalista global que divide y jerarquiza a las sociedades en detrimento de los pueblos colonizados.

⁵ Es justamente el libro de Vela Castañeda el que da respuestas a esta pregunta.

Al denunciar el mito eurocentrista de la modernidad, que concibe las sociedades del sur como localidades aisladas y las del norte como representantes de lo “global”, la autora define Guatemala como un lugar donde se está concretizando y reconfigurando simultáneamente el sistema capitalista global. Sostiene que Guatemala representa un caso paradigmático de la colonialidad del poder, en que una élite de índole transnacional se atribuye a sí misma un estatus privilegiado de humanidad y el derecho de determinar quiénes cuentan como seres humanos, o sea, la vida de quien merece protección y la muerte de quien debe ser deplorada y recordada.

Además del capítulo teórico introductor, el libro se divide en otros seis. Empieza con un análisis genealógico de la historia guatemalteca que comienza con una descripción de la cosmovisión maya, expone algunos momentos históricos considerados perentorios para la situación actual y traza las líneas históricas de los conceptos de raza, género, espacio, relaciones de trabajo y resistencia. Es interesante, como demuestra Martínez Salazar, cómo, con el tiempo, el término “ladino” fue perdiendo sus raíces indígenas y transformándose en un concepto que define el carácter étnico de la nación guatemalteca moderna. Sin embargo, es una lástima que la autora parece desconocer la metodología histórica. Al basarse casi exclusivamente en los estudios clásicos de Severo Martínez Peláez y dejar de lado los resultados de las investigaciones históricas recientes no está a la altura del debate científico.

El tercer capítulo proporciona un análisis del racismo en Guatemala y sus enlaces con prácticas racistas transnacionales mediante la descripción de las vidas concretas de mujeres mayas, entre ellas sobrevivientes del terror estatal. Al insistir en que el racismo este arraigado en la colonialidad del poder y que constituye un factor fundamental para mantener las condiciones globales de injusticia social, Martínez Salazar intenta entender cómo fueron formadas la modernidad y la colonialidad en un lugar como Guatemala y engendraron el genocidio y un “sistema burocrático de muerte”. Afirma que, bajo estas condiciones capitalistas heteropatriarcales, a los cuerpos y trajes de las mujeres mayas les corresponde un papel paradigmático. Denuncia la doble moral que, por un lado, instrumentaliza a las mujeres mayas como un recurso cultural para el turismo y, por otro, las desprecia como símbolos del primitivismo, fenómeno reconocible tanto en las élites conservadoras como en los círculos progresistas e incluso en el ámbito de la ayuda al desarrollo, donde las mujeres mayas son consideradas un factor que facilita la obtención de ayuda internacional.

Al analizar el genocidio, Martínez Salazar critica la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) porque identifica solo actos de genocidio en Guatemala. Según ella, los gobiernos militares siguieron claramente una estrategia de genocidio frente a los mayas, concentrándose en los grupos de importancia particular para su futuro como nación, o sea, los líderes espirituales, las mujeres y los niños. Subraya que estos últimos no deben considerarse como víctimas colaterales, pues su eliminación fue un objetivo estratégico.

Al denunciar la “trinidad de la muerte”, constituida por el Estado guatemalteco militarizado, la burguesía local y la hegemonía de los EE.UU., Martínez Salazar afirma

que el genocidio y el feminicidio en Guatemala fueron expresiones racionales de los códigos contradictorios de raza y género emanados de los conceptos neoliberales de gobernanza y desarrollo vinculados estrechamente a las corrientes hegemónicas globales. Sin duda, tiene razón en poner el énfasis en la dimensión transnacional, pero desgraciadamente su planteamiento no abarca toda la complejidad del fenómeno. La autora no resulta conveniente cuando establece que existe una relación directa y casi determinante entre el libre mercado y el genocidio.

El capítulo 5 se centra en las lógicas de la "burocracia de la muerte" en el contexto de la Guerra Fría. Hace hincapié en la responsabilidad de los EE.UU. que, con la Doctrina de Seguridad Nacional proporcionaron los conceptos y el entrenamiento para que en Guatemala se pudiera implementar un sistema de una racionalidad barbárica sin precedentes. Son interesantes las reflexiones de la autora, que sitúa estos sistemas burocratizados de represión implementados en toda América Latina en el contexto intelectual en los EE.UU., donde el mentor de estos sistemas, la CIA, basaba sus métodos en los conceptos de las ciencias behavioristas en auge en las universidades estadounidenses en ese momento. Su conclusión de que la tortura servía menos para recoger información que para dividir a los actores sociales es otra racionalidad alarmante.

El capítulo 6 se centra en el concepto de ciudadanía. Al tomar una perspectiva indígena radical, Martínez Salazar analiza la ciudadanía como un terreno de inclusión y exclusión. Bajo estas premisas la ciudadanía en Guatemala se presenta como un concepto violento y opresor, o sea, una institución de la colonialidad que privaba a los mayas de su humanidad. Con razón la autora cuestiona la narrativa moderna y su noción ahistórica de los derechos humanos como elemento del progreso, pero exagera al afirmar que los derechos humanos y la ciudadanía se originaron en los proyectos coloniales europeos. No menos le extraña al lector el que recurra precisamente al filósofo Giorgio Agamben y su tratado del concepto heideggeriano del estado de excepción para llegar a una interpretación historizada de la situación actual de los derechos humanos en Guatemala.

A pesar de ello, el capítulo proporciona algunas perspectivas interesantes sobre el tema. Presenta a Guatemala como el primer laboratorio de contrainsurgencia. Desde 1954 fue el proyecto piloto para introducir, bajo la tutela de los EE.UU., las estrategias contrainsurgentes en otras partes del mundo. La perfección de los métodos de contrainsurgencia y la sofisticada combinación de violencia y desarrollo, diseñados en los años 1980 por el entonces ministro de Defensa, el general Héctor Gramajo, fueron, según la autora, un hito en el desarrollo de estas técnicas. Sería interesante comparar esta "tradición" estadounidense-latinoamericana con la otra "tradición" contrainsurgente, la francesa-europea, desarrollada a partir de 1954 durante la Guerra de Independencia de Argelia.

En el último capítulo la autora considera a Guatemala como un caso que demuestra que los eventos y las luchas por el poder locales no son acontecimientos aislados, sino que reflejan patrones globales resultados de procesos de colonialidad y modernidad. Estos continúan configurando la realidad guatemalteca contemporánea. Ante esta

situación afirma que existe un genocidio constante de baja intensidad acompañado de un desfase entre la retórica violenta de seguridad nacional con una retórica no menos violenta de desarrollo nacional. Aun así, la autora percibe un cambio importante, que consiste en la resistencia epistemológica de los pueblos indígenas contra las estructuras de racismo cultural.

Así las cosas, la posición de Martínez Salazar es provocadora e interesante. El libro contiene, sin embargo, también varios puntos flojos. Tal vez el más grave sea el uso esencialista y ahistórico de los términos analíticos que la autora tiende a reducir en meros términos de lucha. Así, conceptos vacíos como “capitalismo”, “racismo”, “modernidad” o “ciudadanía” llevan a conclusiones simplistas de índole blanco-negro. Más allá de estas consideraciones metodológicas hay otra reserva. Conciérne al trato de los “testigos”, o sea, de las víctimas de la violencia, los mayas y los activistas políticos. Son concebidos como aliados de la autora. Por ejemplo, al referir las memorias de los deudos, hace descripciones idealizadas de los activistas asesinados con el objetivo de resucitar la memoria de estas personas a las que las fuerzas represivas del Estado privaron de la existencia en la vida y en la muerte. Pero es dudoso que esta idealización consiga efectivamente hacer justicia a los seres humanos completos que eran. Es más, el intento de idealizar a las víctimas para denunciar los crímenes de los perpetradores tiene el riesgo de asumir bajo signos inversos la epistemología deshumanizante de estos últimos, que siempre han denigrado a sus víctimas para legitimar el terror estatal.

Teniendo en cuenta estos puntos flojos metodológicos, se puede considerar el libro de la historiadora canadiense Kirsten Weld *Paper Cadavers. The Archives of Dictatorship in Guatemala* como un contrapunto. Es un ejemplo de un contundente estudio histórico sobre la génesis y los efectos posteriores del archivo de la Policía Nacional (PN), una de las unidades estatales más involucradas en el terror contrainsurgente de las décadas de los años setenta y ochenta. Al contrario de las etapas en las que la negligencia, la descomposición, el olvido y el desvanecimiento marcaron siempre el destino de los archivos históricos en Guatemala, en este caso el proceso fue interrumpido e incluso invertido.

En el mes de julio de 2005, provocada por unas explosiones en una zona de viviendas en Ciudad de Guatemala, una unidad de investigación de la Procuraduría de Derechos Humanos (PDH) efectuó una inspección en un edificio policial en el vecindario, donde encontró montones de papeles en avanzado estado de deterioro. Pronto se dio cuenta de que se trataba del archivo de la PN. Este evento iba a marcar un hito, si no un punto de inflexión, en la historia del saber en Guatemala. Quede dicho desde el principio: Weld ha escrito un libro fascinante. Es excepcional porque su objeto de análisis es el archivo que normalmente sirve a los investigadores de fuente de información. Gracias al caso particular del archivo de la PN Weld describe cómo nace un archivo y cómo este es más una construcción que una reconstrucción. En este sentido, el libro es un estudio sobre la práctica de la política de la memoria. En 2015 el libro recibió el Premio de Derechos Humanos de la Oficina para América Latina en Washington.

La autora divide el estudio en cuatro partes en las cuales despliega sus conceptos

analíticos y la evidencia empírica. Queda claro a través del libro que los archivos son importantes. Presenta pruebas de la afirmación de Michel Foucault de que el archivo define los márgenes de lo que se puede decir, controlando así los parámetros del discurso. Ante este trasfondo Weld introduce el concepto del pensamiento archivístico que reconoce el doble significado del término "archivo", que por una parte significa una colección de documentos y por otra parte una institución. Ambos representan un método de análisis histórico y un cuadro para el análisis político. La cuestión central que se plantea en este contexto es ¿cómo es posible que los documentos archivados adquieran poder? Para responder a esta pregunta hay que concebir el archivo no como un almacén neutral de documentos, sino como una práctica que transforma objetos en saber. Weld argumenta que los archivos tienen que considerarse como otro frente en la Guerra Fría, que no se caracteriza por tener armas ni programas de desarrollo, sino ficheros y programas de formación en gestión de registros. En contextos como el de Guatemala surge de ello un vínculo inmediato entre archivos y derechos humanos, que llama la atención de la investigadora sobre el proceso que transforma un archivo del terror en un archivo del pueblo víctima.

Al reconstruir este proceso Wend formula cinco hipótesis generales: 1º) La manera en que un estado trata su propia producción burocrática pasada y la manera en que los ciudadanos responden a este tratamiento es indicativo para el carácter presente y tal vez futuro de la sociedad. 2º) La producción y preservación de documentos son siempre funciones de relaciones de poder. 3º) La interacción con archivos de terror tiene fuertes efectos imprevisibles y apenas manejables sobre las subjetividades individuales y colectivas. 4º) El aspecto más importante de estos archivos no es su presunto ejercicio de un control panóptico abstracto, sino ante todo su valor útil para los actores, ya sean oficiales policiales o activistas de paz involucrados en luchas políticas concretas. 5º) La historia y las diferentes narraciones del pasado son particularmente importantes en países en los que la justicia legal es raramente posible y donde la noción de "reconciliación" es una promesa vacía.

En la primera parte, la autora cuenta la historia del proyecto de rescate del archivo de la PN. Expone de forma convincente cómo el "descubrimiento" del archivo y el proyecto fueron menos un evento casual único y más la culminación de décadas de lucha popular por el acceso a los expedientes de los servicios de seguridad del estado. Describe en detalle los retos ante los cuales el proyecto se encontró en su fase inicial. Además de reparar el edificio del archivo y cultivar las relaciones con los donadores internacionales, el proyecto tenía que ser suficientemente discreto como para quedar bajo el radar de las fuerzas reaccionarias y permitir organizar el trabajo archivístico con los documentos. Al principio, los partidarios del proyecto percibieron, por motivos de derechos humanos, los requerimientos archivísticos de descripción y preservación como un impedimento para identificar los documentos incriminadores y constituir lo más pronto posible casos judiciales. Al descubrir que no existían fusiles humeantes en los documentos, se dieron cuenta de que el poder jurídico emanaba del conjunto de la documentación y que había que entender la lógica burocrática detrás de los docu-

mentos. Para los veteranos de la guerra fue un proceso mental difícil el adentrarse en la perspectiva de los perpetradores para ganar el control sobre los mismos documentos que habían sido usados para controlarlos a ellos.

La segunda parte analiza la historia de la génesis del archivo de la PN en el contexto de la Guerra Fría y de la contrainsurgencia. Demuestra cómo la asistencia estadounidense a partir de 1954 transformó la PN, que pasó de ser una pandilla de matones a un aparato profesional de contrainsurgencia capaz de utilizar eficazmente las tecnologías archivísticas de registrar y seguir las informaciones con el objeto de observar y eliminar a aquellos que habían sido marcados como enemigos. Weld considera esta modernización un prerrequisito para el importante papel que la PN iba a desempeñar en el aplastamiento de los movimientos estudiantiles y laborales en la capital durante la campaña contrainsurgente. Tiene razón cuando afirma que la PN era más que un factor marginal en la estrategia militar y señala que había diferentes modos de operación del ejército y la PN: uno que perpetraba masacres en el área rural de manera explícita y otro que hacía desaparecer de manera clandestina a personas seleccionadas en contextos urbanos. Al extender el análisis hasta el año 1996, Weld reflexiona sobre las razones por las que fracasó la transformación de la PN del tiempo de la contrainsurgencia en una policía civil. Weld las analiza en el contexto del posconflicto que impidió tanto la creación de instituciones representativas como la desmilitarización y la redistribución efectivas del poder.

La tercera parte retoma la narración de la primera y continúa exponiendo la historia del proyecto que pasó de ser una iniciativa de activistas de derechos humanos que vivían del entusiasmo y de la improvisación a ser un proyecto institucionalizado con estructuras empresariales. Weld demuestra que este paso fue crucial para el éxito del proyecto. Sin embargo, implicó también la profesionalización de los procedimientos y la división y jerarquización del trabajo, que a ojos de los veteranos habían caracterizado tanto el Estado de terror como el Estado neoliberal de la posguerra. Fue un punto crítico que causó fuertes conflictos entre los colaboradores. Mientras los activistas de la generación de la guerra entendieron el proyecto sobre todo como una consecuencia de su lucha revolucionaria, las motivaciones de la generación de posguerra fueron más diversas y menos ideológicas. Es particularmente interesante cómo Weld, basándose en entrevistas y conversaciones con los actores, enlaza estos procesos conflictivos y las subjetividades cambiantes de los sobrevivientes del terror con el poder del pensamiento archivístico. Este pensamiento fue en fin considerado por todos los protagonistas como una herramienta en la búsqueda de justicia.

La cuarta parte cambia de perspectiva y analiza los impactos del proyecto. Weld argumenta que para evaluarlos tiene que considerar el rescate y la preservación de los archivos junto con otros planteamientos de transformación como los pagos de reparación o la reforma de la policía. Cree que es un ejemplo de una tendencia general de acercamiento entre los archivistas y activistas de los derechos humanos que fomenta cambios en la ley internacional de derechos humanos, siendo el primero el decreto de “habeas data” que postula el derecho del individuo de conseguir acceso a todas las informaciones que el Estado almacena sobre su persona. Esto coincide con otro

desarrollo legal que ha cambiado el concepto del derecho a la verdad, aprobado por la Organización de los Estados Americanos y la ONU. Weld destaca que estos desarrollos internacionales son particularmente importantes para países como Guatemala, que cuentan con números altos de desaparecidos, porque en estos contextos es particularmente cierta la afirmación de que la destrucción o negligencia de documentos de autoridades estatales que pueden revelar el destino de familiares y amigos representa una forma de violencia directa contra los ciudadanos.

La autora afirma que el proyecto impulsó el espíritu de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) a superar los discursos ahistóricos de "reconciliación" y a aspirar a una reconstrucción social transformadora. En este sentido, el rescate del archivo de la PN era parte de una constelación general de exhumaciones, procedimientos judiciales, instauración de monumentos, comisiones de la verdad y movilizaciones sociales. Weld no deja sin mencionar el importante papel que tuvieron los actores extranjeros no solo en el proyecto, sino también en la "guerra de archivos" en general. Fue un factor importante en las luchas de la sociedad civil contra el Estado opresor. Weld argumenta que al centrarse en documentos archivados, los activistas políticos lograron concretizar los conceptos abstractos de justicia y poder, y que así la lucha por el acceso a los archivos se convirtió en una medida clave para hacer reivindicaciones frente al Estado de la posguerra.

En resumen, Weld presenta un estudio complejo, sabio y de excepcional profundidad. Al explicar la génesis de un archivo, el objeto de análisis para narrar la historia guatemalteca en los tiempos de posguerra, posconflicto o pospaz llega a reconocimientos nuevos e innovadores. Es una lectura obligada para todo investigador e investigadora que intente entender el pasado y valorar el futuro de países con tradiciones coloniales de discriminación social, racial y de género. Este es exactamente el tema del último libro que aquí se reseña: *Who Counts? The Mathematics of Death and Life after Genocide*, de la antropóloga estadounidense Diane M. Nelson (y no es una sorpresa que se encuentre el título del libro de Weld en su bibliografía).

No cabe duda de que Diane M. Nelson es una de las más destacadas autoras sobre las muchas y complejas fracturas que 36 años de guerra civil, genocidio y terror estatal dejaron en la sociedad guatemalteca. Considera *Who Counts?* como la última parte de una "trilogía del genocidio". Después de un libro sobre políticas corpóreas (1999) y otro sobre *reckoning* en sus tres sentidos de contar, de valorar y de saldar cuentas (2009)⁶ presenta ahora un estudio sobre "unos hechos interesantes sobre simples cosas comunes" como la luz, el agua, la electricidad, los números, el dinero, los huesos, las vitaminas, las pirámides, las minas y –al retomar las reflexiones en el contexto de *reckoning* sobre todo– el contaje.⁷

⁶ Véase la reseña colectiva de Fleer (2012) citada en nota nº 1.

⁷ Notas bibliográficas: Diane M. Nelson (1999): *A Finger in the Wound. Body Politics in Quincentennial Guatemala*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press; (2009): *Reckoning: The Ends of War in Guatemala*. Durham: Duke University Press.

Sin embargo, Nelson nos demuestra que no hay nada fácil en la existencia de estas cosas que se encuentran en constante transformación y cuya presencia en el espacio y el tiempo las conecta con pasados ambiguos y futuros contingentes. Y son los números, estas herramientas de generalización y equivalencia, los que nos permiten hacer estas conexiones y entrelazar cosas que no parecen estar conectadas. Pero para ello hay que ir más allá de los números y las varias técnicas de su manipulación. Al presentarnos una serie de guatemaltecos y guatemaltecas y sus experiencias con y por los números, Nelson no intenta nada menos que poner a prueba nuestra relación con el propio conteo. Nos invita a destruir nuestros conceptos occidentales de números y conteo y a relativizarlos como una forma de etno-matemáticas frente a otros sistemas aritméticos, entre ellos el de los mayas precolombinos.

A Nelson le gusta jugar con las palabras y los sentidos metafóricos. Asegura que un informe sobre los mayas tiene que empezar con cero, porque este simboliza a la vez la zona cero del genocidio a principios de los ochenta y el número cero como marca del genio de los antiguos mayas y fuente de la revitalización maya de hoy, en los tiempos de las repercusiones o *after-math*. Sin embargo, al hacer referencia a las estadísticas del terror contrainsurgente, cuyos cálculos implican que cada familia en Guatemala cuenta al menos uno, el libro empieza con el capítulo introductorio, “1 Chapter Minus One”. Siguen cinco relatos en cuatro partes. Son los relatos sobre Sebastiana, Manuel, Francisco, Lolita, Encarnación, Santos, Saturnino, Fidelia y otros que personifican diversas realidades mayas y sus relaciones con cantidades y cualificaciones. Presentes están además como guías intelectuales entre otros Kant, Marx, Foucault, Heidegger, Adorno, Horkheimer, y siempre el concepto de número concebido como “actante” en el sentido latouriano.

Relato uno (parte I, capítulos 0 y 1): el número es el concepto moderno y en tiempos de repercusiones el cálculo tiene profundos efectos a nivel personal, cultural y epistemológico. Bajo estas premisas, Nelson interpreta los conceptos numéricos modernos como la contabilidad por partida doble y la estadística. Considera que ambos son efecto y base del “complejo militar-farmacéutico-industrial-carcelario” que surgió del sistema planetario colonial-capitalista a partir del siglo XVI. Aunque los números forman una infraestructura central para este sistema y su representante actual en Guatemala, el neoliberalismo, Nelson nos invita a no calificar los números como algo bueno o malo, sino a considerarlos como compañeros impregnados de poder, a la vez abstractos y concretos. Pero tampoco debemos fetichizar lo cuantitativo, porque contar es siempre un acto cualitativo conectado con las experiencias subjetivas y colectivas en el espacio y el tiempo. En estos contextos de poder y dinero las matemáticas se convierten en un instrumento poscolonial de discriminación de raza y género. ¿Quién (no) sabe contar? ¿Quién (no) cuenta? Aun así, Nelson destaca el potencial emancipador de las matemáticas y puntualiza que sus procedimientos de universalización, generalización y agregación son indispensables para analizar hechos como un genocidio y reivindicar justicia. En este sentido, los números son un prerrequisito epistemológico para conocer la verdad y adecuar pensamiento y realidad.

El relato dos (parte II, capítulos 2 y 3) analiza los esfuerzos de calcular los muertos de la guerra y los importes de las reparaciones consideradas adecuadas por la pérdida de un miembro de la familia. El relato expone las gestiones de la Fundación de Antropología Forense de Guatemala (FAFG) para no solo exhumar huesos en sitios de masacres como, por ejemplo, Las Dos Erres o en los osarios de La Verbana, el cementerio central de Ciudad de Guatemala, sino también para identificarlos por medio de pruebas de ADN de familiares. De manera fascinante Nelson demuestra las –a veces paradójicas– formas por las cuales los números intervienen en estos procesos para averiguar la verdad. Intervienen en los informes para contar los muertos, en el Programa Nacional de Reparación para contar los beneficiarios y los pagos, y en los procesos judiciales para contar los perpetradores y sus penas pecuniarias y de privación de libertad. Nelson logra ejemplificar cómo los cálculos estadísticos no solo pueden condensar hechos sociales, sino también contribuir a la rehumanización individual y con ello a ayudar a superar el temor, el odio y la vergüenza paralizantes que crea el terror. Completa estos argumentos con reflexiones interesantes sobre el contaje maya y sobre la facultad de las tejedoras mayas para hacer complejos cálculos sin saber de números.

Los relatos tres y cuatro (parte III, capítulos 4 y 5) tratan de dos esquemas de pirámide que a la vez responden y explotan la situación de los mayas en las estructuras de desigualdad en tiempos de posguerra. *Omnilife*, un esquema de origen mexicano, comercializa productos de salud. “El Millonario”, un campesino maya que construyó un fraudulento sistema piramidal, prometió a la gente medio millón de quetzales si prestaban una humilde contribución a un imaginario proyecto de desarrollo. Nelson analiza los mecanismos y efectos de estos esquemas de enriquecimiento “moderno” en sus relaciones con los planteamientos neoliberales de individualismo, privatización y comercialización de la solidaridad social. Le intrigan las complicadas coincidencias entre estos planteamientos y las aspiraciones de las protagonistas mayas de participar adecuadamente en el desarrollo. Tiene razón de advertirnos que no debemos simplemente entender estas correspondencias como ejemplos de engaño y credulidad en contextos de desigualdad extrema. Hace hincapié en la ambigüedad de tales esquemas, que en las manos de mayas pueden convertirse tanto en oportunidades de conversión y ascenso social como en tragedias y desesperación.

Nelson relaciona estas nuevas figuras sociales mayas con formas anteriores de organización y traza líneas históricas con el paradigma desarrollista de los setenta a través de las formas de solidaridad y la formación de identidades como la de los maya de los años noventa (denominado por Nelson “Organización maya 1.0”) hasta las actuales estrategias fluidas, para sobrevivir en contextos violentos de privación cada vez más complejos (según Nelson “Organización Maya 2.0”). En este sentido, la emigración hacia los EE.UU., por ejemplo, se convierte en un proyecto social de la generación de posguerra que hoy no requiere menos valor e ingenio que antaño la formación de un movimiento revolucionario.

El relato cinco (parte IV, capítulo 6) tematiza los aspectos numéricos de las relaciones entre minería, progreso y resistencia. Expone cómo las consultas, una forma

de resistencia local contra proyectos mineros, llegaron a ser un movimiento nacional. Nelson nos recuerda que esto no es evidente después de la amarga lección del genocidio, pues cualquier forma de resistencia podía parecer en vano. Aborda el tema desde tres modos de contar. Las consultas exigen en primer lugar contar a la gente, establecer quién cuenta y cómo. Pero también hay que contar los niveles de contaminación y los valores límites. Para los activistas mayas, un tercer modo de contar es de suma importancia porque en el contexto guatemalteco puede decidir sobre vida y muerte: la valorización de los costes y los beneficios, de las oportunidades y los riesgos, de los precios, los valores y las posibles transformaciones alquímicas.

“Más allá de la adecuación” (parte IV, capítulo 7), el último capítulo, no proporciona una conclusión. Es ante todo un caleidoscopio que, al entrelazar presuntas cosas simples, descubre una red invisible que conecta fenómenos a través de los siglos, los continentes y los diferentes modos de conocimientos, a saber: la municipalidad de Río Negro (otro lugar donde se produjo una masacre), la Planta Hidroeléctrica Chixoy, la astronomía maya, los petates, un taller de jeroglíficos mayas, la electricidad, los rayos y las corrientes de diversa índole. Esta no-conclusión concluyente sugiere que los números forman parte de un proyecto profundamente humano en búsqueda de modos de vivir más allá de la adecuación de la sobrevivencia y que esto produce unos cálculos muy complejos.

Resumiendo los cinco libros aquí reseñados, saltan a la vista seis puntos presentes de una u otra manera en cada uno de ellos. Comparado con los reseñados en este mismo lugar en 2012, estos puntos parecen señalar hacia los progresos o las coyunturas del discurso científico. Es preciso empezar con la dimensión global, que ahora se aborda de manera más prominente y explícita. Ninguno de los estudios renuncia completamente a reflexionar sobre las influencias y efectos trans- e internacionales. Mientras esta sensibilidad refleja tal vez una tendencia general en las humanidades y las ciencias sociales a entrelazar lo local con lo global, otras transposiciones se deben sobre todo a los nuevos conocimientos adquiridos con las investigaciones empíricas sobre la guerra civil y sus repercusiones. Se está buscando una perspectiva integral a la guerra civil, enfocando y enlazando las dimensiones rurales y urbanas de la insurgencia y del terror estatal. Al mismo tiempo se está prestando más atención a los contextos burocrático-militares y a la motivación de los perpetradores para entender mejor los mecanismos detrás de las atrocidades. Vinculado con esto está una reinterpretación de la identidad ladina que, al relativizar la atribución dicotómica de ladinos e indígenas pone en duda la figura del antagonismo étnico y su valor explicativo tanto para los problemas persistentes de Guatemala como para sus soluciones. Esta disolución de categorías se manifiesta también en una cierta acentuación de continuidades estructurales, que produce similitudes no solo entre el régimen colonial y los actuales mecanismos de dominación, sino también entre la privatización y la globalización de la solidaridad mediante la “ONG-ización” de la ayuda internacional y el neoliberalismo que se convierte en Guatemala en una ideología del individuo autorresponsable y del Estado desmantelado. En fin, según la conclusión, que resulta de los estudios aquí presentados, hay pocas constancias. Tal

vez lo único cierto es que serán las guatemaltecas y los guatemaltecos quienes con su ingenio y empeño encontrarán una salida de esta situación difusa del "pos-".

TÍTULOS RESEÑADOS

- Martínez Salazar, Eglá (2014): *Global Coloniality of Power in Guatemala. Racism, Genocide, Citizenship*. Lanham: Lexington Books. XII + 258 páginas.
- McAllister, Carlota/Nelson, Diane M. (eds.) (2013): *War by Other Means. Aftermath in Post-Genocide Guatemala*. Durham/London: Duke University Press. 390 páginas.
- Nelson, Diane M. (2015): *Who Counts? The Mathematics of Death and Life after Genocide*. Durham/London: Duke University Press. XII + 307 páginas.
- Vela Castañeda, Manolo E. (2012): *Los pelotones de la muerte. La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco*. Ciudad de México: El Colegio de México. 454 páginas.
- Weld, Kirsten (2014): *Paper Cadavers. The Archives of Dictatorship in Guatemala*. Durham/London: Duke University Press. XVI + 335 páginas.

| Peter Fleer es historiador independiente. Sus campos de investigación son la historia moderna de América Latina y la historia administrativa. Ha publicado varios artículos sobre historia rural, relaciones étnicas e infraestructuras de información de poder y resistencia.